
EL ENEMIGO PRINCIPAL

 FAUSTO MASO

Maten al escritor, sáquenle los ojos, échenlo al fuego, niéguenle hasta la lástima, olvídenlo para siempre: viva el *laissez faire*, *laissez hasser* en la literatura.

Al escritor sólo lo desvela el lenguaje, la exacta escogencia de las palabras según el último grito de la moda. El escritor quiere rescatar las palabras de la tribu y ganarse un buen premio; preservar ciertas experiencias, transformar la máquina de escribir en el instrumento del vidente; orientar a las futuras generaciones, ser la conciencia de la historia, el sacerdote de la palabra.



El escritor abandonó su principal riqueza, dilapidó el capital que le habían entregado en herencia: se quedó solo, fané y descangallado. Los lectores lo han abandonado y corren hacia los periódicos. En Venezuela, aparte de los lectores de los diarios, no queda nadie más. O nos salvamos a través de la prensa o la literatura nunca trascenderá la minucia.

Otra cosa ayuda. los tiempos han cambiado. Ya no se teme el triunfo de la guerrilla, la izquierda participa decentemente en la política, los medios se liberalizan un poquiiiito. Aunque todavía ningún reporter venezolano pueda imitar a los del Washington Post, porque la abulia de la opinión pública no lo respaldaría, y ¿quién quiere llevar las cosas tan lejos ...?. Pero aún así, por primera vez, la justicia militar ha perdido algo de su poder y una entrevista como la de Leopoldo Linares a un guerrillero se publica en la primera página de El Nacional sin que la sangre llegue al río. Los políticos aceptan cierta irreverencia y no le piden tanto al periodista que sea buen agente de relaciones públicas.

Sin ese clima no se saltaría de la noticia a la interpretación, del reportaje a la crónica, del periodismo a la literatura. Los periodistas ganan así su libertad contra su peor enemigo: la autocensura. Y en esa búsqueda de la libertad y de nuevos límites el periodista tropieza con el escritor: ambos trabajan con palabras. Uno con la ventaja de que su diálogo nunca se rompe con el público; otro resentido en el fondo de su corazón por ser una persona invisible, un poeta invisible, según reconociera Julio Miranda en una entrevista reciente.

Al periodista lo ayuda su cercanía con el lector, el peso de la actualidad, la opresión de sus jefes, la competencia diaria con sus compañeros en la tarea de reflejar el país. Las desventajas del periodista se resumen en una palabra: premura. Premura que conspira contra su lenguaje y la reflexión que necesita la literatura. Por esta razón, algunos escritores se refieren despectivamente a los periodistas y se presentan aislados, ensimismados y reflexivos, en la posición opuesta, como si sus libros sin vender demostraran calidad, profundidad y conocimiento: vuelven sus virtudes, sus defectos méritos.

A veces sus contemporáneos no reconocen a un buen escritor, a veces el escritor es el profeta; pero otras, y bien frecuentes, el desinterés del lector está justificado, la apatía del público se despierta por la misma apatía del escritor. Además, el contacto con el periodismo enriqueció a los principales escritores latinoamericanos. Los antecedentes de *Tres tristes tigres* están en las crónicas de cine de CAI; *Cien años de soledad* nace de los reportajes de García Márquez; Alejo Carpentier y Vargas Llosa aprendieron a estructurar un argumento trabajando con guionistas. Jorge Luis Borges publicó sus primeros ensayos en la prensa.

En la literatura inglesa la novela nace paralela al periodismo. O, con otro ejemplo ilustre, sin el folletín —el infame folletín— no hubieran existido grandes escritores. El contacto con el público, mancharse las manos de tinta de imprenta, conocer la maldita premura del periódico, han purificado como un verdadero Jordán a diversos escritores. Y algunos, a pesar de quedarse junto a las rotativas; hicieron su obra a través del periódico...

¿Y hacia dónde vamos?

A descubrir el Mediterráneo, el lugar común inevitable: el nuevo periodismo en Venezuela busca incorporar nuevamente la literatura al país. La preocupación por la palabra, el diálogo y la narración transforman al periodista en escritor, lo convierten en un narrador oculto y humilde del país, el narrador que ha reflejado con más exactitud lo ocurrido en estos años.

El periodismo asalta así el bastión de la literatura, pone en entredicho la función sagrada del escritor, se burla de la elegancia, el misticismo y la soltería del literato. No hay un desafío entre los viejos y nuevos periodistas, entre estilos distintos: porque en El Nacional o en El Diario de Caracas o las páginas deportivas de El Mundo, un anónimo redactor puede vigilar lo que es-

cribe y buscar expresar con honestidad aquello que le entra por los ojos, la vida en todas sus formas: la noticia. El periodismo recupera una antigua ambición, vuelve a sus orígenes, a la fuente de inspiración de un Mark Twain, a la imaginación. El periodismo desafía a la literatura.

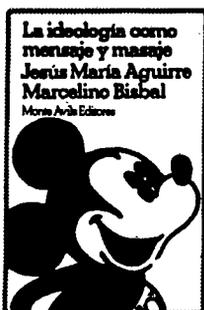
Hasta ahora los periodistas pierden la pelea: su obra se la lleva el viento, sus reportajes perecen diariamente. No han alcanzado la dignidad del libro, les ha faltado ambición y coraje para asaltar, de una vez, el viejo castillo.

Quizás nunca ocurra el milagro, quizás nunca la literatura venezolana sea renovada por los periodistas y el poder quede en manos de los videntes y los iluminados, de los guardianes de la palabra.

Si es así, estamos mal.

Por ahora, ciertos días leemos en la prensa trozos y fragmentos de esa literatura viva.

LA IDEOLOGIA COMO MENSAJE Y MASAJE



Los temas de la comunicación han desbordado hace tiempo el campo de interés de los especialistas. En cierto modo conciernen a todos los individuos y en particular el tema es acusaciones importantes para los países en vía de desarrollo. Dos jóvenes investigadores venezolanos abordan, desde esta perspectiva, el múltiple campo de las comunica-

ciones sociales. Realizan un inventario de las distintas tendencias de los estudios latinoamericanos en el análisis de los medios masivos, como introducción al tema. Luego examina la sociología de la comunicación a la luz de la semiología crítica y finalmente abordan desde una perspectiva crítica los mensajes masivos y la cultura popular. El volumen se cierra con un "Glosario básico de semiología crítica" que es de imprescindible ayuda para la mejor comprensión de la terminología empleada.



MONTE AVILA EDITORES, C. A.

— Jesús María Aguirre y Marcelino Bisbal, ambos del equipo "Comunicación"